

Moscú, 1988

U n amplio corredor de paredes frías, la soledad, la luz mortecina y el silencio de una sala de hospital.

Del piso húmedo, recién lavado, emana un excesivo olor a desinfectante.

Hay una silla frente a la habitación, cuya puerta —que alguna vez fue blanca— se ha ido tornando gris como consecuencia del polvo acumulado tras varias limpiezas deficientes.

Dentro, una mujer inmóvil está tendida sobre la cama metálica articulada.

En el rostro apergaminado de la paciente se percibe un gesto de sufrimiento contenido.

Alrededor, los aparatos que ayudan a mantenerla con vida.

Los pasos firmes de alguien retumban hasta el infinito por el corredor, multiplicándose en el silencio del lugar.

Es la hora del cambio de guardia. Una breve conversación entre dos hombres, hasta que uno de ellos se marcha.

El joven teniente se detiene ante la entrada del cuarto, asoma la cabeza por la puerta entreabierta, mira hacia el lecho donde yace la mujer. Al comprobar que duerme, va a sentarse en la silla del corredor.

Se pregunta cuánto faltará para el desenlace.

Los médicos han dicho que no existen posibilidades de recuperación. La paciente, de setenta y ocho años, tiene el organismo muy deteriorado.

Gregory Gurivich, el militar que ahora se ocupa de la guardia, no está conforme con el trabajo que le han encomendado: limitarse a cuidar de una enferma. Le queda el débil consuelo de pensar que está allí por una orden directa de sus superiores. En definitiva, quien reposa sobre el lecho, esperando el final de su vida, es una heroína, una coronel del Ejército ruso, según los escasos datos que el teniente ha podido recabar.

Por todos los medios, Gregory ha estado intentando acceder al legajo de servicios de la mujer que custodia, pero sus variados intentos fracasaron; por orden superior, está prohibido emitir cualquier información sobre ella.

De pronto, ha añorado un cigarrillo, aunque sabe que allí no podrá fumarlo.

Se pregunta qué tipo de castigo estará pagando. Sus camaradas de promoción realizan actividades importantes en oficinas gubernamentales o en misiones en el exterior, y él debe permanecer en un hospital militar, custodiando la privacidad de una enferma que tiene las horas de vida contadas.

Mientras él pierde su tiempo en una guardia de rutina, en toda la Unión Soviética se gestan enormes cambios propiciados por el camarada Gorbachov.

Se siente inútil en aquel hospital, querría ser partícipe del nuevo proceso. Admira las reformas que se llevan a cabo a ritmo vertiginoso en su patria, y ansía hacer algo.

Su destino militar debía haber sido Afganistán, pero cuando pocos días antes Gorbachov anunció la retirada de las tropas soviéticas de ese enfrentamiento, las órdenes cambiaron y, aunque el retiro del contingente militar sería gradual, él termina en el lugar menos pensado: un nosocomio en la capital moscovita.

Su relevo no vendrá hasta dentro de varias horas, demasiado tiempo inactivo, se lamenta.

Se dispone a pasar una tarde aburrida, como todas las de los últimos ocho días, desde que recibió la orden superior del general Grunchenko de pre-

sentarse a cumplir con una custodia diaria dentro del recinto hospitalario.

Como único dato adicional, sabe que la mujer internada es una ciudadana de nacionalidad española.

Un lugar de superposiciones en el mapa

Ceuta, España, 1919

En la escuela militar de Ceuta, una monja enseña a unas niñas un lugar de superposiciones en el mapa: Ceuta.

—A ver, niñas, si atendemos. Ceuta es un pequeño enclave en el norte de África. Ocupa una superficie de 18,5 kilómetros cuadrados y más adelante veremos los accidentes geográficos más destacados del territorio...

Las niñas observan con desgana o acaso con aburrimiento cómo la monja va desgranando la geografía del lugar. Alguna se remueve inquieta en su pupitre, pero una mirada inquisidora de la monja la devuelve a la compostura y, tal vez, a la atención de las enseñanzas que ésta desgrana.

—Carmen Ruano, a ver si se está quieta... —dice la monja en el mismo tono monocorde con el que imparte la lección—. La leyenda mitológica nos cuenta que fue Hércules quien creó el estrecho de Gibraltar —y la monja señala enérgica con el puntero la zona en el mapa que cuelga del encerado—. Primero, apoyó una columna sobre Calpe, que es el nombre antiguo con que se conocía el peñón de Gibraltar, y luego otra, en Abyla, nuestra actual y querida Ceuta. Carmencita, rica, estate quieta.

La monja golpea una y otra vez con el puntero los dos lugares sobre el mapa para que las niñas aprendan, para que presten atención. Y les revela cómo Homero se refiere a Caribdis, el que es ahora el monte Hacho ceutí, en *La Odisea*. Ceuta estuvo poblada sucesivamente por fenicios, cartagineses y romanos... La monja se interrumpe, porque, con cierto sigilo, otra monja entra en el aula y se dirige a la profesora. Le habla en voz baja, para que no la escuchen las alumnas. La monja que imparte la clase, con cara seria y seca, presta atención al susurro de la monja recién llegada. Después, con gesto adusto, seco y malhumorado se podría decir, grita:

—¡África de las Heras!

Una niña que ronda los diez años se levanta temerosa de su pupitre. La monja superiora que acaba de entrar le dice secamente:

— Acompáñame.

El resto de las niñas miran sentadas desde sus pupitres mientras África de las Heras sale del aula detrás de la superiora.

Con pasos cortos, pequeños, la niña se desliza por los pasillos de la escuela siguiendo a la madre superiora. Llegan a los lavabos. La monja abre con parsimonia la puerta de uno de los retretes.

— ¡Y esto! — Le señala un letrero pintado en la pared que dice: «Quiero ser libre».

La monja mira con cara hosca a la niña y le pide explicaciones.

— ¿Qué le parecería esto a tu padre, dime, siendo un militar ejemplar como es? ¿Y a tu tío, que fue nuestro alcalde? ¿Qué les parecería, África de las Heras?

La niña calla y baja la cabeza. No se atreve a moverse, a decir nada. Por el cuerpo le corre como un gusano que le asciende desde el estómago. Está a punto de echarse a llorar, pero aprieta la boca, se muerde el labio inferior y aguanta.

— Ya puedes imaginar... ¿verdad? Vete al cuarto que tú sabes y..., estás castigada, África de las Heras. Ya veremos cómo se lo cuento a tu padre. Vete al cuarto oscuro...

Y la niña sale deprisa, sin mirar atrás; muy deprisa. Casi está a punto de echarse a correr, pero no.

No se va al cuarto oscuro, sino a la calle. Se escapa de la escuela; sale a las calles y corre sin sentido, de aquí para allí sin saber muy bien adónde va; corre y se repite: «Quiero ser libre, quiero ser libre, quiero ser...».